

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO



Año IX

Barcelona 24 de Marzo de 1898

Nº



Postura académica



## Cartas á mi prima

¡ Ay, Pepa de mi alma, y cómo me tienen mis pecados de escritor, que han de ser muchos y de resumen difícil, si se juzga por las señales! Tuve duelo y me resultó quebranto, y ahora está mi brazo en cabestrillo, para que no se me ponga tacha en la honrilla.

No te asustes, que no pasará la cosa de unos cuantos lavatorios de farmacéutico. Fué el caso probando un par de sables, con lo que está fuera de duda que éramos dos personas las entretenidas en el juego. Yo, en verdad, hubiera perdonado el bollo por el coscorrón, pero á eso y á más obliga el oficio de discurrir con el público y entretenerle, que como ves, resulta puro arte de caballería.

¿ Qué mal hice en declarar que me gustaba una mujer, que digo, para no ofenderte, que es tan guapa como tú? Y si insté que diera esquinazo al novio por no convenirle, por entender que con la bendición se le echaba encima la cruz de la desventura, ¿ hice más que practicar una de las obras de misericordia que recomiendan con eficacia el padre Astete y otros? No sé qué derecho ni qué justicia amparasen á mi contrario, pero á mí no me ha valido hablar y proceder cristianamente. No me explico el golpe (y no de plano), si no es que hubo tanto encantamiento como en las aventuras de que libraban mal los caballeros andantes, porque si en los desafíos no se muestra clara la ayuda de Dios, ignoro, francamente, qué ganancia obtiene uno con exponer el cuerpo al descabro y al responso.

Háblote del desafío, así, en crudo, dejando la imagen en el fondo del tintero, porque al fin y á la postre, carta privada no es gacetilla, y no tengo por quéirme con perífrasis empalagosas. Al pan, pan, y al vino, vino, como reza al adagio castellano. Verdad que aun muchos de los *viejos periodistas* se olvidan de él, y es lástima; con lo que no te diré nada de los nuevos (*viejos* también): esos escriben á lo Rueda, peor que Rueda, y son aquí los más.

Pues dicho en claro, prima, el otro me *remitió* á dos personas desconocidas, caballeros estimables, con quienes yo habría tomado muy gustoso el aperitivo antes de la comida, y á quienes tuve que poner la figura rígida (según las pragmáticas de la educación estúpida), cuando me sentía acometido de grandes ansias de reir. Otros dos señores, también de *campanillas*, se pusieron al habla con los que nombro, representándome: y vinieron así los cuatro, que no habrían quizás juntado más serios accidentes de la vida, á entender, no como jueces, que fuera lo hábil, sinó como mediadores, de un asunto en que sólo estaban enterados de dos extremos indiscutibles para las reglas de honor: que habiendo insulto, era preciso reparar; y que ya en este caso, el código exigía tales y cuales armas y condiciones.

Claro que si en estas cosas no se *mediara* y en cambio *interviniese la justicia*, mi contrincante se viera castigado con pena de estupidez; porque los cuatro jueces, que para más tremendo insulto se llaman amigos, habrían discutido si efectivamente en la pretendida ofensa podíase señalar agravio, y en última instancia; quién era el ofensor. Pero no ocurre eso. Se raya en lo absurdo, admitiendo desde luego que el que pide reparación es el ofendido, lo cual tiene más de uno y más de cuatro bemoles, y lo único que se dis-

cute, por ser costumbre de petrimetros, no por otra cosa, es si el caso ha de quedar en acta y comilona, que es á lo que los padrinos tiran.

Tanta rabia me dió el saber lo que los míos y los del otro pactaron, que exigí que el sable fuera con filo, para que quedara en cortante y no en moliente. Ellos protestaron, pero no les valió ni el encomendarse (como muy devotos que eran) á las once mil vírgenes. Yo no me encomendé á santo ninguno, pero el caso es igual. ¿Qué querían, que nos pegásemos de plano y recio? Para ello no veo la necesidad de pagar pupilaje, ó sea alquiler del arma, y paréceme que con los palos basta, y aun sobran los amigos, que por no saber no sabían palabra de la contienda (á parte uno, quien me dijo que le regocijó mucho leer en LA SAETA mis razones) ni sentían el odio que pudiera excusar el que dos hombres se acometiesen á sablazos.

Ya sé que los más aceptan el desafío por creer que van los padrinos á embotar las puntas ó á convertir el filo á pura limazón, y aun es posible que mi rival fuera de esos; pero puesto yo en el trance de batirme (para que no se dijera que siendo periodista era muy ignorante en punto á códigos, como lo son casi todos los que escriben por acá), no me avine á representar parodias. — ¿Duelo hay? me dije: pues sangre quiero que corra.

Y corrió y no fueron mis venas las que más dieron en fuente, porque tuve un cirujano hábil, y porque mi rival no descargó firme, pues no parecía si no que se reservaba para las próximas luchas electorales. Por mi parte lo hice regularmente; creo que resolví una regla de tres en el hombro derecho del futuro Diputado.

Si sonríes, pensando que ni él ni yo conocíamos en cosas de esgrima si no ponernos en guardia, que es lo que sabemos los españoles por estar todos avezados á reñir con ingleses, diré que aciertas; pero aprende que es lo de menos en asuntos de honra saber parar ó salir ducho en acometidas. Generalmente, suele ser ese oficio de espadachines, y no de periodistas.

De ahí que menudeen las actas y los almuerzos, y se tenga por deshonoroso el que uno declare no haber visto más armas que los cuchillos con que cortamos el pan nuestro de cada día en la mesa.

\* \* \*

Cosa que estaría muy en su punto y debería exigirse cuando se trata de duelos: ó no

tener el honor tan quisquilloso. Quiero decir, que deberían los padrinos ser aptos en el manejo del arma y examinar al apadrinado, enterándose si, puesto ante el contrario, evitará los golpes dobles, que son como si dijéramos pasaporte seguro para ultratumba, y como dobles, que llaman los del arte, funestos para ambos contendientes, y si posee el recurso de hacer, sin salirse de la guardia, paradas, que siendo fáciles, resultan peligrosas.

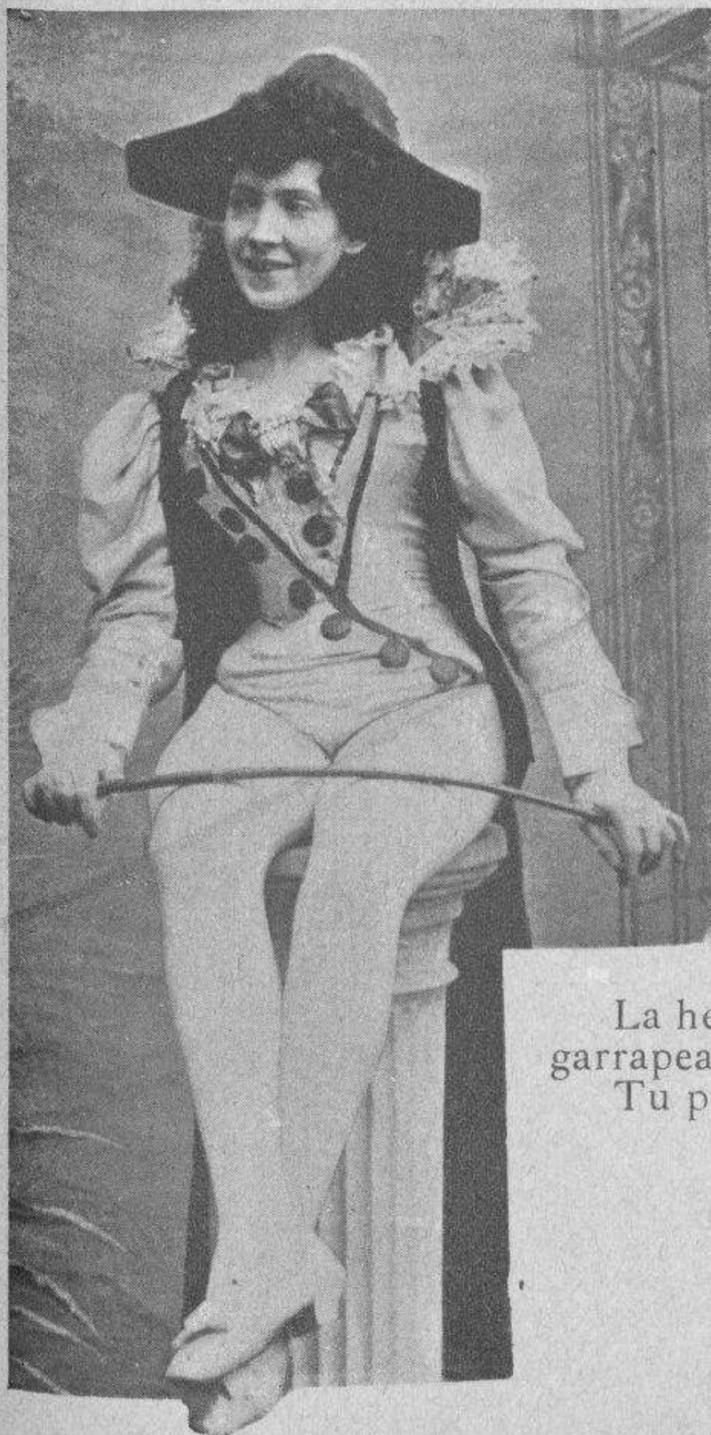
Y cito estos dos casos entre los muchos que pueden presentarse, por la mucha analogía que ofrecen con los que nos fuera fácil elegir para dar idea de ese otro examen á que sería justo someter á quienes se dedican á redactar hojas volantes ó volanderas; esto es, si saben en todo encuentro con *sabios* huir los golpes dobles y evitar ataques rápidos.

Pero llego tarde para eso y para desenvolverte los puntos que remití en mi anterior á ésta, por haber querido hablar con tantos pormenores de mi duelo. Lo cual no he hecho por vanagloria, sinó por tratarse de uno de los peligros á que se exponen los que como tu hijo pretenden dedicarse al estudio con tan noble y generosa sinceridad.

La herida la siento porque me escuece y porque he de garrapear estos renglones.

Tu primo,

CLAK.





## Una aventura en Fez

Hacia tres días que me encontraba en Fez, con los demás compañeros componentes de la Comisión diplomático-militar, y una idea fija, convertida ya en verdadera obsesión, me perseguía á todas horas: quería penetrar en una de esas misteriosas viviendas marroquíes, cerradas á cal y á canto para el extranjero; quería conocer el *secreto mujerial* que encierran esas moradas de blanquísima fachada, alegres, coquetonas, pero inviolables como una fortaleza. Y precisamente por constarme lo difícil, mejor dicho, lo imposible de satisfacer mi deseo, pues si alguna vez consigue el europeo visitar el domicilio árabe, nunca llegan sus plantas á profanar los dinteles del harem, precisamente por esto, repito, sentía acrecentarse y exasperarse mi curioso afán hasta un punto indecible.

— Escucha — le dije una tarde á Ben-Ahomar, un moro que las autoridades imperiales habían puesto á nuestro servicio, — ¿quieres ganarte una moneda de estas?

Y le enseñé una soberbia isabelina de cinco duros, cuyos reflejos arrancaron un relámpago codicioso de sus negras pupilas.

— Habla — me contestó — si puedo hacer lo que vas á pedirme lo haré.

Entonces le expuse entre circunloquios y rodeos mi objeto.

— Imposible — dijo meneando la cabeza.

— No hay nada imposible... — insistí — tú conoces perfectamente la población; eres astuto y listo; accede á mis deseos, haz que pueda... hablar en secreto con una mora, de las que, invisibles á nuestras miradas, nos ven pasar, á través de sus celosías y en vez de una moneda de oro, te daré dos.

— Imposible... — repitió él, pero ya con acento vacilante — sería exponer inútilmente, para no lograr nada, tu vida y la mía.

— Pero, hombre... — exclamé impacientado — ¿no conoces acaso á... alguna viuda, que no tenga que temer la vigilancia de su señor y dueño y pueda sin compromiso ni peligro recibir la visita de un caballero español?... ¡qué diablos! me parece que debe de haber en Fez más de una mujer bonita, sin padres y sin marido...

— Sin duda — repuso Ben-Ahomar, tras un momento de reflexión. — Hay la viuda de Alí-Bon-Abema, el tesorero imperial: mujer muy hermosa, según dicen; pero vive con su hermano que es oficial del Sultán y... no... no... creo que sería menos arriesgado ir á sorprender en su caverna, al león del desierto, que querer meterse en casa de este hombre.

— Pero habrá otras...

— Hay la viuda de Ahmet-El-Zhalú, que fué proveedor de los ejércitos; tal vez no sería difícil proporcionarse inteligencias dentro de su casa... vive sola con sus criadas y...

— Pues, está dicho — repliqué entusiasmado — hazme entrar en el santuario de esa afligida dama.

— Si te empeñas, lo haré; pero he de advertirte lealmente que es vieja y fea.

— ¡Vete á todos los demonios!... — exclamé malhumorado.

— Sé también de otra viuda — prosiguió imperturbable el guía — en cuya casa no sería quizás imposible el acceso, tomando muchas precauciones y comprando generosamente la complacencia de su guardián, que es un viejo soldado de la guardia mora, pero...

— ¿También es ella vieja y fea?

— Al contrario: dicen de ella que es de gran hermosura. Y debe de serlo, cuando se casa dentro de poco con el Jefe de la artillería del Sultán. Así es que no veo muy fácil que consintiese en recibirte, y en cambio te expondrías á encontrarte con su prometido, que es hombre tan enamorado como celoso y violento.

F. GÓMEZ SOLER



Alegoría

— En efecto : esto sería desafiar unas calabazas y... algo peor. Vamos á ver, amigo mío, busca otra cosa.

Reflexionó unos momentos el honrado Ben-Ahomar y de pronto lanzó una exclamación árabe que significaría probablemente lo que la famosa palabra griega *¡Eureka!* Luego mirándose de hito en hito:

— Hay y no lejos de aquí una casa suntuosa, que rodean jardines maravillosos. En ella vive la más preciosa de las huríes que sobre la tierra puso la diestra de Alah. Dobra la suma que me ofreces, dame cuatro de estas monedas de oro y la incomparable Zulma te hará conocer las embriagantes delicias que el Profeta promete á sus elegidos.

— Oye ¿y es viuda esa celestial hurí?... — pregunté relamiéndome ya los hocicos.

— Es casada : es la esposa del rico mercader Halem Benifar, pero su marido hace un largo viaje en estos momentos y no volverá seguramente hasta la próxima luna. Si quieres, esta noche vendré en tu busca y nos iremos juntos.

— Perfectamente — repuse con el corazón saltándome ya dentro del pecho. — Ahé tienes la mitad del dinero : la otra mitad cuando volvamos... de la expedición.

A la hora que habíamos convenido, Ben-Ahomar compareció en mi alojamiento. Hízome un signo, y los dos nos perdimos en un dédalo de callejas oscuras, fangosas, llenas de baches en que mil veces me hubiese ido de bruces á no sostenerme el brazo de

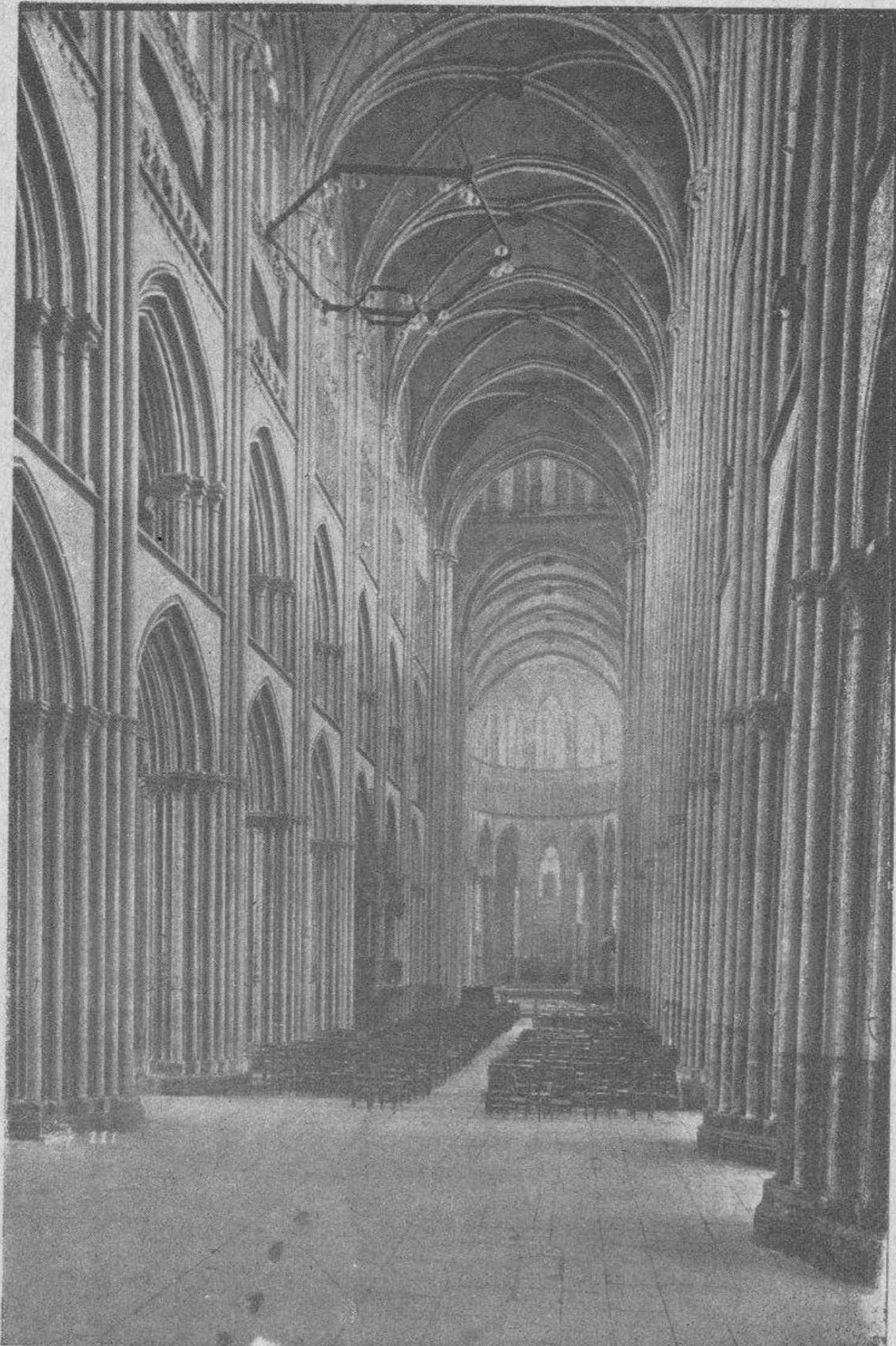
mi guía. Por fin llegamos junto á una tapia; en ésta distinguí una pequeña puerta, que al golpearla suavemente los dedos de Ben-Ahomar, se abrió sin ruido. Una mano pequeña cogió la mía y á tientas atravesé un jardín, subí luego unos peldaños y penetré, por fin, en una estancia débilmente alumbrada.

¿Por qué no confesarlo?... En mi cavidad torácica sentía un *trip trap* violento : una palpitación á un tiempo deliciosa y opresiva, cual no experimentara jamás. Esperé un minuto en la soledad silenciosa del gabinete en que me habían introducido : ví alzarse y separarse suavemente el tapiz que cubría una puerta ; apareció una silueta femenina envuelta en blancos velos, y, por fin, sonó una risotada seguida de estas palabras que me dejaron embrutecido.

— ¡Rediós!... ¡esta sí que es buena!

Abrí dos ojos como platos y reconocí en la incomparable hurí el rostro desvergonzado de Paula, una cigarrera sevillana que había conocido íntimamente años atrás.

JUAN BUSCON.



Las viejas catedrales



Canto de amor



## Para el otro mundo

### II

Brujita del cielo: ¡cómo se han pasado dos meses desde que te escribí aquellos pliegos que tanto te habrán hecho reír! Parece que el tiempo es tardón en deslizarse, y sin embargo, aciertan los que dicen que en las dichas corre y en las amarguras va pesado como el plomo. «Según eso — figúrome que objetas rabiosilla — mi tontito es uno de los seres felices, y el cariño grande que me tenía era engaño»: Verás, verás, deja que me explique: yo te quería mucho y lloré tu muerte; y aquí, en el alma, guardo cariño puro como el cielo é inmenso como todas las estrellas juntas; y así como el amor mío era una pasión terrena á la postre, indigna de la gloria de los espíritus, hoy es amor... como el amor que se tiene á Dios, una especie de adoración. No miento si digo que ha muerto aquel querer en cuanto á sentimiento humano y redivivo, como llama divina, llega á tí. Considera si profundizo para que no me llames ingrato; ¿verdad que no lo soy?

Después de tu partida pasé días horrorosos, y con tu hermanita (la pobre antipática) lloré mucho. Ella chorreaba todo el día por aquellos ojitos privados de luz y aunque nunca te había visto ¡oh maravilla! hacía con palabras, no el retrato, la pintura de tu cara y de tu figura esbelta. Entonces pensé que no era ciega y que se había estado burlando durante veinte años de nosotros.

A poco nõs sobrecogió una tristeza tan honda, que era añoramiento y nos traía enmudecidos. Nos faltaba tu voz, tu cháchara saladísima y las diabluras que inventaba tu revoltoso magín. ¡Qué diablillo eras! ¡Mira que el día que nos sorprendiste vestida con los calzones de don Severiano y aquel levitón que pasó á tu padre cuando murió el suyo... Estabas hecha un apunte, hijal!

Más tarde ya la tristeza se fué alejando, y sólo me acometía alguna vez el mal, pero melancólico y suave, cuando la vista me enseñaba algo que hubiera sido tuyo ó que tuviera relación con nuestros amoríos; y también por asociación de ideas, llegué á sentir ansias de llorar; pero chica, digo alma, sólo ansias, por raro que se te antoje.

La ciegucecita me hablaba mucho de tí, y siempre salía con la tontuna de que te veía ¡qué sabe ella de eso! Al comprender lo que la pobre te quería, empecé á no odiarla tanto; y la antipatía que me inspiraba bajó algunos grados y la aborrecí un poquitín menos, solamente un poquitín... no vayas á figurarte. Su carácter raro y voluntarioso como el de un chiquillo, me pareció menos estrambótico y no tan absoluto. La rusticidad, el embrutecimiento, iban desapareciendo, como desaparece lo áspero del hierro en fuerza de lima, y aquella lástima no ahogada por el odio que sentía yo, se filtró por el filtro del afecto. Ya vés que no soy tan malo como decías. Pues repito que tu hermanilla no me resulta ya tan antipática, y desde que la dejaste aquí solita parece que va menguando su despotismo, y, si no fuera en vano, jurara que su amor á la absorción metálica no es tan fuerte como antes.

Para muestra basta saber que la semana pasada gastó diez y nueve pesetas en comistrajos para los inválidos de la guerra que pululan por estos andurriales. Item más: empleó once con treinta y cinco en lavado, plancha y costura, más una peseta cabal que repartió entre los andrajosos que moran en rinconzuelos de la plaza y callejas que parten de ella, dando á esta villa el aspecto topográfico de una araña.

Es en balde decir que me tiene pasmado el despego que entró á tu señora hermana por los perros de cobre; y por añadidura ¡asombro! que ya no refunfuñe cuando le piden. No hay tal; creo que se complace en que la importunen.

La vigilia de San Juan Bautista, topó de manos á boca con un ciego que imploraba en San Justo, y que dándole tremendo empujón, osó pedirle una limosna.

Quedeme turulato al oírle contar sonriente el lance chusco, con frases como las que siguen :

—Y el muy pazguato me dijo : *Dios le conserve la vista*. Le entregué una perra grande y le dije : ¡Cómo no me la dé antes!..

Me cayó en gracia el *paso* y ríe que te ríe, la llamé *bobina*, y mira tú, me pesó; porque meditando luego entre sábanas (el insomnio maldito) *caí* en la cuenta de que te usurpaba el mote.

No hagas caso de que dedique tantas líneas á tu hermana, porque es la única persona que trato, y además ya sabes que siempre me hicieron mucha gracia sus tontunas.

El angelito rubio que ocupa el sexto lugar á la izquierda mano del Padre Eterno, es muy guapo. ¿Tendré que zurrarle? — *Tu tontito*.

Su amanuense,

GERARDO DE ANA.

### Los erueificados

El vulgo aplaude cuanto inventa el odio,  
y en tanto que desgarrá su laurel  
al férvido Aritogiton, de Armodio  
la gloria mancha con amarga hiel...

En sus iras tan sólo ver anhela  
de la ignominia en la afrentosa cruz  
á cuanto no se arrastra, á cuanto vuela,  
á cuanto no es mentira, á cuanto es luz.

Acusa á Fídeas de vender mujeres,  
al gran Epaminondas de traidor,  
á Sócrates de darse á los placeres,  
á Arístides, el justo, de impostor.

De avaro á Miguel Angel... Al divino  
entre todos los genios, Rafael,  
de vender como torpe libertino  
por impúdicos besos su pincel.

A Catón de arrojar á las morenas  
sus míseros esclavos; á Colón,  
que al indio libre le forjó cadenas...  
¡Cadenas que llevó su corazón!

Incestuoso Moliére, felón el Dante;  
Voltaire ateo; Diderot venal...  
¡Para todos la sátira infamante!  
¡Para todos el látigo infernal!

¿A qué martir, apóstol ó profeta,  
á qué artista, guerrero ó trovador  
no le ha arrancado la mortal saeta  
de la calumnia un grito de dolor?

Uno sólo se encuentra inmaculado  
de infamias tantas en el gran festín...  
Uno sólo no está crucificado  
por las humanas vívoras : ¡Caín!

VÍCTOR HUGO.



Al salir del baño



La Venus de Milo



## Mis primeros amores

De cómo salí de mi pueblo en berlina y de la aventura que en ella me pasó.

Mi padre se determinó á darme carrera; y yo que, á más de dócil, andaba muy metido en tratos con los libros, holguéme de ello. Mi abuela resistió cuanto pudo, porque no sólo adoraba en mí, sino que decía con mucha gracia «que pasar por la Universidad era como pasar por horcas.» Pregunté la razón de aquella frase, y no me dió otras sinó que el criadero de estudiantes era criadero de pícaros. La buena señora lloró mucho en el momento de la despedida, y me dejó muy apenado; viéndome en tal desconsuelo pasó de un bolsón á mi bolsillo doce duros en monedillas de oro, y mentiría si no declarara que con semejante muestra de ternura me aquieté.

Por fin, partió la diligencia, no sin que mi padre me proveyera de sanos y útiles consejos y me recomendara eficazmente al mayoral. Había tomado para mí la berlina, porque como andábamos algo atrasadillos, en toda aquella región, límite de la provincia donde radicaba mi pueblo, no se conocían ferrocarriles; mucho más abajo, á tres leguas escasas de la capital, es donde debíamos los viajeros acomodarnos en el tren de Madrid; de modo que se nos

iban unas nueve en carretera, muy descuidada de peones y sobrestantes; con lo que no digo si había rato para la moledura de huesos.

Se me dejó, pues, en la diligencia el espacio que debían ocupar tres personas para que yo pudiera moverme á mi antojo, y echarme si me cansaba el asiento. Pero no holgué si no hasta la estación próxima, donde el mayoral me recomendó con grandes extremos que admitiese en mi compañía á una señora, que por ser principal, no era justo que viajase en sitio tan incómodo como el «centro», ni entre los patanotes del «pescante», que venía á ser como ir á la intemperie, resistiendo el polvo y el sol si hacía bueno, ó la lluvia si daba ese azar. Repuse que si no era más que una dama la que había de incomodarme, todos los quebrantos fueran tan dulces, agudeza que ella me pagó con una sonrisa agradable, pues estando al pie de la portezuela oyó la objeción que hice.

Alargóme un maletín, una sombrilla enfundada y otros menesteres, y yo por corresponderla le alargué la mano y la ayudé á montar. Envió un beso á cierta anciana, que calculé si sería su madre, y que quedaba en el arroyo con dos criados, y luego al correr el coche, la saludó agitando su pañuelillo.

Durante un largo trecho no dijimos palabra, fuera de los saludos de rúbrica; yo

no me hartaba de mirarla, aunque lo hacía discretamente, y las más veces por el rabillo del ojo. Era muy guapa. Morenilla, de unos veintiseis años, con un cabello muy negro recogido con mucha destreza y gala hacia el cogote. Todavía llevaba el sombrero puesto; y el velillo levantado sobre la frente agraciaba sus facciones puras, de perfil correcto, bellissimo. Yo estaba asombrado; en mi pueblo no se daban señoras así, de porte y aire tan distinguidos y de figura tan esbelta. ¡Ah, cuántos y turbados pensamientos corrían por mi mente! ¡Qué de exageraciones me representé contemplándola! Decía para mis adentros que así debían de ser las reinas y que tal vez lo fuese aquella señora, y me acometían ímpetus de prostrarme de hinojos y adorarla como á las vírgenes preciosas de los retablos.

A la verdad ¿yo qué era si no un zagalón, alto y fuerte sí, pero con alma de niño? De allí á poco dejó su actitud reflexiva, y me dió las gracias por la merced que acababa de dispensarle. La voz me pareció tan dulce y melodiosa, que no supe como replicarle y salir de aquel embobamiento en que me tenía.

— ¿Vá usted muy lejos? ¿A estudiar sin duda? Parece usted muy joven. — Arguyó, viendo que callaba. Corríme un poco, pero se me desató la lengua.

— Voy á Valencia, señora, y siento pesadumbre de no contar sobre mí más que diez y seis años, día por día, desde que mi madre me echó al mundo.

— ¿Y por qué lo siente? — preguntó poniéndome cara de risa, que era como ponérmela de pascua.

— Porque... porque... usted vá á mirarme como se mira al niño que merece protección.

— Nó, niño nó, — interrumpió riendo — ya le apunta á usted el bozo.

Fué tal el fuego que sentí con estas palabras sobre el rostro, que sin duda se me puso como las cerezas. Por fortuna la diligencia, que bajaba cierta pendiente, dió una sacudida terrible; la dama ahogó un grito y con abandono que no puedo recordar sin estremecerme, echó su figura adorable sobre mi cuerpo, abrazándose á mí. ¡Dios mío! Yo no sé lo



Entre bastidores

que fué aquello; sí lo sé, fué desvanecimiento, extravío de todo mi sér, como cuando se cae en el desmayo de la primera

borrachera. El coche recobró su equilibrio, pero, yo no; mientras duró la pendiente, aquella mujer no desató el lazo en que me tenía sujeto; confieso que la carga era tan preciosa y la servidumbre tan rica, que por mi parte eché más cerrojos á la cadena, estrechando su espalda y apretando su pecho contra el mío. Luego que pisamos en firme, mis mejillas acariciaban la piel aterciopelada de su faz y acabé ¡oh atrevimiento, oh ceguedad! acabé por darle un beso en la boca. La joven no mostró enfado, pero se apartó prontamente, golpeándome con dulzura y diciéndome:

— Sí que es niño, sí que lo es.

— Pero un niño que la amaría á usted más que todos los hombres.

— ¡Ay, qué gracioso es eso? ¿me quiere usted por novia?

Quedé mudo. ¡Si la quería por novia! ¿Era posible que se me entrara dicha tal por las puertas de mi juventud!

— Bueno, añadió, pues si me promete usted ser formal, jugando, jugando llegaré á amarle.

Oyendo esta burla, que yo comprendía que era burla, aunque resonaba en mis oídos como si no lo fuese, perdí el seso de tal modo, que mis brazos se fueron naturalmente á su cuello, y mi boca á su cabecita, libre ya de toda gala. Pero no eran los tales extremos de amor, sinó ingenuidades de criatura mimosa á quien se le dan

dulces; como que acabé por recostarme en su regazo con las pupilas arrasadas en lágrimas, cosa que yo hacía por disimularlas, aunque era disimular la alegría y el alborozo.

Ella decía, jugando sus manos en mis cabellos:

— Miren qué mono y cómo le pone el contento de que se le quiera. Pues sí, sí; le querré á usted; comprendo que le querré.

El resto del viaje lo pasamos en puro juego. Allá en un yermo, al pic de unas montañas, se detuvo la diligencia para mudar de tiro. Había unos corrales, y junto á ellos una garita haciendo oficios de aparcador. Aquel alto fué de quince minutos para que los pasajeros se desentumecieran y recobrasen ánimo desayunándose, si tenían con qué. Como mi novia y yo llevábamos en la berlina buenas viandas resolvimos andar camino adelante, por las quebrajas y por los atajos de la carretera; ya nos alcanzaría el coche, y entre tanto podíamos regocijarnos en las soledades de aquella abrupta naturaleza, divirtiéndonos como criaturas con nuestro mismo amor.

Y ahora haré según los novelistas: dejar lo más sabroso é interesante del cuento para el siguiente y último capítulo, que recomiendo á todos los que deseen escarmantar en cabeza ajena.

J. F. LUJÁN.



## Imposible

Muy viejo y muy benigno, con los ojuelos que guiñan continuamente, la boca que balbucea algo y las temblorosas manos que bendicen, es, Mr. C., el sacerdote más honrado del bello país de la Turena.

Cierto día fué á confesarse con él la penitente más sencilla y delicada de toda la comarca:

— ¡No te cuides para nada de las cosas de este mundo, hija mía! Guárdate ¡oh jovencita! de prestar oído á los malos discursos de los jóvenes, y pon tus esperanzas todas en Nuestro Señor Jesucristo, porque es El quien da el Paraíso.

— ¡Oh padre mío!

— ¿Eh?

— ¡Oh padre mío!

— ¿Qué?

— No diga usted que nuestro Señor Jesucristo da el Paraíso.

— ¿Y por qué no lo voy á decir?

— Porque es imposible... Sí, soy muy

boba... he cumplido los quince años cuando florecían los limoneros; pero... lo que es eso, no lo creo.

— ¡Misericordia! — gritó el buen sacerdote indignado. — ¿Pones en duda la omnipotencia divina? ¿Te atreves á pensar que no es ella la que, según la justicia distribuye á los hombres y á las mujeres las celestes recompensas?

— ¡Cómo, padre mío! ¿A los hombres y á las mujeres?

— Claro que sí.

— ¡No, nó; eso sí que no! — dijo la penitente, rompiendo á reír.

Y riéndose, estaba roja como las amapolas de los trigos y los claveles de los jardines.

El confesor, asombrado, la miró guiñando los ojos, y vió que tenía, con la madurez que revelaba en el corpiño de una mujer ya hecha, toda la inocencia en los ojos de una chiquilla, y mientras juguetona continuaba riéndose:

— Pero, hija mía, — e dijo — ¿por qué supones que Nuestro Señor no sabe dar el Paraíso?

— Porque ¡la otra noche, estando en el bosque con mi primo...

— ¡Oh! ¡Oh! ¡Hija mía!

— ... y habiéndome inducido con galantes frases y ruegos á hacerle caricias, con las que parecía gozar de un placer infinito...

— ¡Diantre!...

— ... gritó: ¡adorada mía! ¡me abres el Paraíso!

Y la chiquilla añadió sin reirse y con la actitud de alguien que tiene la seguridad de estar en lo cierto:

— Y la verdad, padre mío; no hubo mal alguno en los jueguecillos á que mi primo me invitó. Pero... es lo mismo. Usted no me hará creer á mí nunca que Dios, tan bueno... hace esas cosas.

CATULO MÉNDEZ.



¡No hay vino para mí...!

## LEYENDO Á CAMPOAMOR

Preparen!... ¡Apunten!... ¡Fuego!

¡Basta, pues, de tal suplicio!...

Ya estoy harto de aguantar  
de mi existencia el cilicio,  
y he resuelto consumir  
esta noche el sacrificio.

¡Me suicido!... ¡No hay tu tía!  
Este sufrir continuado  
ni Job lo resistiría...

¡Desde Europa á la Oceanía  
no hay un sér más desgraciado!

Mi suerte á trance tan fuerte  
ha tiempo me va induciendo;  
prefiero quedar inerte,  
que no estar siempre diciendo:  
— ¡maldita sea mi suerte!

No he logrado resolver  
el gran problema *bucólico*  
en la tierra... Voy á ver  
si Cristo da de comer  
y puedo atrapar un cólico.

El succulento maná  
que de tantos fué consuelo,  
al mundo no volverá...  
Voy á buscarlo en el cielo,  
á ver si en el cielo está.

¡Adiós, bellas ilusiones  
que murieron al nacer!...  
¡Adiós, ardientes pasiones!...  
Seguid con vuestro poder  
dominando corazones!...

¡Adiós, amistad querida  
que me estrechó entre sus brazos!  
En mi alma el rencor no anida:  
¡te perdono los *sablazos*  
que me diste en esta vida!...

¡Adiós, patrona! A engañarte  
no volveré con mis tretas.  
Sé que vas á disgustarte,  
pero *me voy*... ¡sin pagarte  
las noventa y dos pesetas!...

¡Adiós, Sixta, Laura, Ana,  
Blasa, Raimunda, Gabina,  
Petra, Justa, Sebastiana,  
Prisca, Hilaria, Valentina,  
Cleta, Rita y Laureana!

Quince grisetas coquetas  
que á tanto *chisgaravis*  
les liquidáis las pesetas;  
y que, siendo tan *grisetas*,  
pasáis de castaño... gris.

¡Adiós, mujeres hermosas  
que á mi modo supe amar!...  
¡Adiós, noches venturosas!...  
¡Adiós... otras muchas cosas  
que no quiero recordar!...

Os abandono ¡ay de mí!  
El sino lo quiere así  
y lo acato como bueno:  
¡ese *sino* baladí  
me arroja de vuestro *seno*!

Del caos en la inmensidad  
voy á lanzarme, por ver  
si es del hombre necedad  
el creer ó el no creer  
que existe la eternidad.

A ese otro mundo profundo,  
la bala de una escopeta (1)  
me llevará en un segundo...  
¡Quiera Dios que en vez de *mundo*  
no me encuentre una *maleta*!...

F. J. ESTEVAN.

(1) ¿Que esa escopeta es *ripio*  
muy importante?...  
¡Si me obliga la fuerza  
del consonante!...



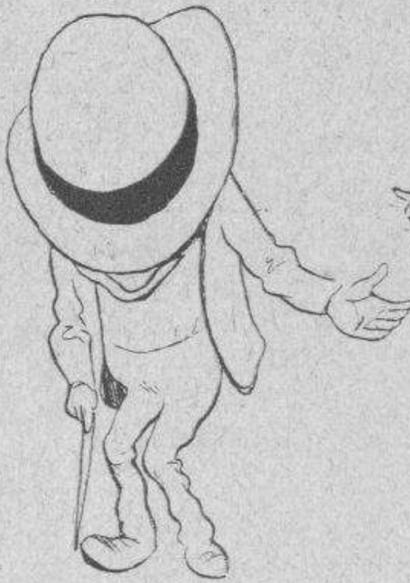
« Luego en la esposa del mortal miraba  
la risa del amor,  
y sin poderlo remediar lloraba  
la esposa del señor. »



— ¡Pero qué pícaros son esos dibujantes y periodistas!



Pues señor, por allí va D. Cándido...



—Una limosnita...!  
—Toma una peseta para pan!...



Una peseta para pan? ¡No tendrías tú la culpa...!



¡Vale mucho más! el aguardiente...!



Al avío y hasta otra ganga...



—Calle, D. Cándido que vuelve; ¿yo le pido otra!



—Caballero, aquella peseta era falsa!  
—¿Y el aguardiente que has bebido?  
—Tampoco era legítimo!



Aquel caballero de quien dí referencias la semana última y Clak no se han entendido.

—◆—  
 Dos borrachos discutían seriamente en mitad del arroyo si había amanecido Dios, y tan seria llegó á ser la disputa y tan á punto de caramelo se puso, que hubieran llegado á las manos, dejando que los puños resolviesen la cuestión, si no aciertan á ver que se les aproximaba otro de la misma cuerda, es decir, un sujeto que se había entretenido momentos antes en trasladar una cuba de moscatel á su estómago:

— No nos peguemos — dijo uno de los contendientes — sin oír el parecer de los sabios.

— Eso es, sometamos — repuso el otro — el asunto á ese prógimo.

Llegó el tercer curda, y le pararon sus cofrades, diciéndole:

— Diga usted, camarada: tenemos una duda, de que sólo usted con sus luces puede sacarnos. ¿Es de día ó de noche?

El curda, haciendo esfuerzos supremos para mantener el equilibrio, reflexionó largo rato. Por fin se resolvió y repuso con toda la seriedad cómica que dan á sus gestos y á sus palabras los borrachos:

— No puedo contestarles, señores, porque yo soy forastero en la población.

—◆—  
 En cierto corro una vez hablaban con mucho fuego un andaluz, un gallego, un alemán y un francés.

Les ocurrió ponderar los progresos de su tierra, y á poco se dieron guerra con inventiva sin par.

Dijo el alemán: « no hay tren que corra más resolutivo que el de Berlín, un minuto media legua ».

— Corre bien — cortó el gallego — mas digo que el nuestro no le dá tregua medio minuto, una legua.

— ¿Pues eso qué vale, amigo? — el francés interrumpió — hubo un tren de mi frontera que corrió Alemania entera y ni un alemán lo vió.

El andaluz echó un terno y dijo que se alababan sin mérito los que hablaban: — Escuchen ¡ voto al infierno! Cierta tarde en Arjonilla quise dar una guantá disputando, y camará me ocurrió esta maravilla: que al mismo tiempo que el tren echaba á andar, yo la mano levanté contra el villano

y tué á perderse en Jaén el tremendo bofetón con tal tino, cosa rara, que lo recibió en su cara el jefe de la estación.

—◆—  
 Y va de borrachos.

Otros dos hablaban en medio de la calle, cierta noche tranquila cuando fijándose uno en la luna que iluminaba parte de la acera, exclamó á voces que se había salido el río de madre.

Como aquella línea de plata fuera extendiéndose, se apresuró á ponerse en salvo subiendo á una reja. Su compañero hizo lo propio.

Pero la claridad seguía avanzando y tuvieron que ganar el balcón.

Tampoco les valió este ardid, y viendo que ya les alcanzaba lo que ellos imaginaban agua en el colmo de la borrachera, el segundo, más arriesgado, dijo que se decidía á nadar para salir del apuro.

Y dicho y hecho: se lanzó desde el balcón á la calle.

Con el golpe, se le despejó un poco el cerebro y viendo el engaño, quiso que el otro le pagase la burla. Y le dijo:

— Mira tú, échate, pero sin fuerza, que hay muy poca corriente.

—◆—  
 Nada habría más triste que la vida sin la muerte, la muerte sin la eternidad, la eternidad sin Dios y Dios sin misericordia.

—  
 Contra el ruín, no hay arma más ineficaz que la delicadeza.

—  
 Mujer, es vano tu afán en tapar huellas del tiempo; tú te das diez pinceladas, y él á tí te dá otras ciento.

—  
 Si eres pobre no visites con frecuencia á deudo rico, porque éste de tí se corre y á tí te deja corrido.

—  
 Sé rey de tí, no reino de los demás.

TORCUATO TASSO SERRA.

—◆—  
 Una de estas últimas tardes, probando unos sables en el campo, tuvo la desgracia de herirse en un brazo nuestro amigo Clak.

El señorito que aspira á representarnos en Cortes examinaba el filo de una de dichas armas con tan poca destreza, que salió con su correspondiente descalabradura.

No revelamos el nombre para evitar que se le suprima del encasillado.

Lamentamos el percance.

**Charada**

Segunda con la segunda  
y dos prima una mujer  
se han encontrado una caja  
de tres dos muy tercia tres.

A. SÁNCHEZ CARRERE.

**Jeroglífico comprimido**

8 SELDZ S

M. FERRÁN.

Soluciones á los pasatiempos del número anterior:

GUIARRA NUMÉRICA: Caballero.  
TARJETA: El canto del cisne.  
CHARADA: Mascarita.

**Correspondencia**

Zata. — Madrid. — ¿Apostamos lo que usted quiera que busca la palabra *hayer* en el diccionario y no la encuentra, por muchas distracciones que sufra el de Cheste?  
Pues además consulte usted todos los tratados, compendios y epitomes de gramática que se han escrito, que no son pocos, y también pierdo doble contra sencillo si da con la razón de la sinrazón que usted hace á la preposición (porque es preposición señor Zata) *en*, cuando dice: «Salió tu padre y me dió — las gracias *en* pescozones».  
¿Por qué, Dios mío, no han de esforzarse ustedes en estudiar, como toman á empeño el escribir?  
Sin embargo, para que no crea que tengo mala voluntad me conformo con publicarle el siguiente cantar:  
«Ni me cantes ni me bailes  
ni me salgas por la noche,

que ya soy tu prometio  
y te suelto un par de coces.»  
¡Pícaro!  
Q. B. C. — Irún. — Si, comprendo que ha debido estudiar algo... siendo lo que es usted, «hombre de carrera». Pero es indudable, *para mí*, que ignora usted, «de como la gramática se divide en cuatro partes, que son: análisis, sintáxis, prosodia y ortografía»... y francamente, eso lo aprendí yo antes de los siete años en la escuela.  
P. M. — «Vulgar» titula usted el artículo, y me parece acertado. Se ha hablado ya mucho de eso en todos los tonos posibles. La forma, aunque incorrecta, no me disgusta.  
T. D. R. — Barcelona. — ¡Ay, si señor! ¡cuántos y cuántos mal llamados poetas confunden el *ritmo* con el compás de compasillo! Lo que ocurre a esos señores es que pretenden escribir redondillas y salen por peteneras. Por ejemplo en la que usted me manda:  
«La gracia que tú tienes  
y la que yo tengo  
nos viene de abolengo  
á los nenes.»  
H. M. — Barcelona. — Vaya, que han salido ustedes con gracia y han caído de pies. Le publico el madrigal:  
«Al amanecer temprano  
andaban con unos pies muy largos por el bosque  
mirando al horizonte lejano  
unos pastores.  
¡Qué gracia me hicieron  
cuando me mordieron!»  
A mí no. ¡Claro! se empeñan en construir otra torre de Babel, y la consecuencia es esa confusión de... metros que nos desgarran el timpano, como si acabase de disparar toda la artillería de montaña á nuestro lado.  
C. T. — Barcelona. — ¡Todavía las pobres suegras!  
Q. V. F. — Barcelona. — «Sin saberlo mi mujer me salió anoche de casa...»  
¡Calavera! ¡Trapisonda!  
Corcoba. — Valencia. — Empieza su «Capítulo de una novela por entregas.»  
«La joven estaba triste,  
¿por qué estaba triste la joven?  
Piense el lector lo que guste.»  
Pensemos. Y aguarde usted entre tanto.  
J. M. R. — Barcelona. — ¡Pero cuánta gente hay en presidio con menos motivo que usted!  
Zaragatero. — Sólo aprovecharé un geroglífico y el candelero numérico.  
Escrijanes. — De usted... nada, absolutamente nada.  
María del Pilar. — Irá casi todo.  
T. T. P. — Lo mismo digo. Y muy bien.  
F. J. — Madrid. — Por esta vez, perdone, hermano... ¡Ah, otra vez no aproveche tanto el papel!

Prohibida la reproducción de los originales de este número

**TOSSES REBELDES  
CATARROS  
BRONQUITIS  
TISIS**

Se curan con las CÁPSULAS V. VINARDELL  
De venta, en la Farmacia Universal, Calle Escudillers, núm. 61, y Gignás, núm. 32

**LA SAETA**

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia  
al administrador D. PEDRO MOTILBA  
Rambla del Centro, kiosco número 3

\* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*  
España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas  
Año. . . . . 11 »  
Extranjero y Ultramar, un año . . 17 »  
Número corriente, 20 céntimos  
Número atrasado, 30 céntimos  
No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

**SANTAL MIDY**

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

# AUTORES CÉLEBRES

El dueño de los kioscos **EL SOL** (Rambla del Centro, frente al Liceo y Rambla de las Flores, frente á la Puerta Ferrisa) ha realizado una combinación con el editor de la biblioteca de **AUTORES CÉLEBRES** que le permite regalar á sus favorecedores á cambio de 30 CUPONES por cada volumen, que vale **Una peseta**, las obras que forman dicha Biblioteca y son hasta el día las siguientes:

## OBRAS PUBLICADAS

De Ponson du Terrail . . . . .	<b>La Viuda de Sologne</b> . . . . .	1 tomo
De » » . . . . .	<b>Odio de Raza</b> . . . . .	1 tomo
De Paul Feval . . . . .	<b>La Daga misteriosa</b> . . . . .	1 tomo
De » » . . . . .	<b>Los Fanfarrones del Rey</b> . . . . .	2 tomos
De E. Poé . . . . .	<b>Un crimen misterioso</b> . . . . .	1 tomo
De Alfonso Karr . . . . .	<b>Una historia terrible</b> . . . . .	2 tomos
De Erckman Chatrian . . . . .	<b>La Posada de los tres ahorcados</b> . . . . .	1 tomo
De Octavio Feuillet . . . . .	<b>Novela de un Joven pobre</b> . . . . .	1 tomo
De Dickens . . . . .	<b>Las luchas de la vida</b> . . . . .	1 tomo

Se publicará al menos un tomo mensual. — Precio en venta en ambos kioscos, 20 cénts. tomo

## EN PRENSA

De Paul Feval . . . . .	<b>La morada misteriosa</b> . . . . .	1 tomo
De Ponson du Terrail . . . . .	<b>Remordimiento</b> . . . . .	1 tomo

NOTAS. — Á todo el que desee adquirir dichas obras, remitiendo el importe en libranzas del giro mutuo ó valores de fácil cobro al representante Joaquín Vila, kiosco **EL SOL**, Barcelona, las recibirá á vuelta de correo franco de portes.

No respondemos de los extravíos no remitiendo 25 céntimos para el certificado. A los corresponsales se les harán descuentos condicionales al fijar el pedido.

En los mismos kioscos se vende la

**Guía de Calles, Plazas y Paseos de Barcelona con la agregación**  
con indicación de las entradas y salidas y distritos á que pertenecen

**PRECIO: 15 CÉNTIMOS**

## CUPON PRIMA

Regalo á los compradores  
— de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

### CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuido á cimentar la fama de su autor. Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

### EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal. Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA** ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**



20 cénts.

Núm. 384

